

fort, y nos marchamos á la mayor brevedad posible: estoy rabiando por que mi mujer acabe *El Alma enferma*, para imprimirla con lujo nunca visto y adornada con primorosas láminas, que harán aquí: para algo han de ser buenos los franceses: esa edicion y todas las que se sigan las regalaremos á los amigos.

— Esa edicion, mi querido futuro, repuso Clemencia, se venderá para los pobres.

— Harás lo que tú quieras, respondió D. Fernando; trabajarás cuando te acomode, y tu gloria y la de Julia volarán por todo el mundo: yo os lo prometo, pobres niñas, tan desgraciadas hasta hoy; pero vamos, Julia, á ver si decidimos á su esposo de V. á que partamos todos juntos.

Julia abrazó á su amiga, estrechó la mano de su padre, y salió con D. Fernando para ir á su casa.

Su corazón latía de gozo: ¡iba á volver á su patria, á su querida patria! ¡Sólo el que ha llorado amarguras en tierra extraña sabe lo que esta palabra significa! ¡Y Julia había llorado tantas, que ya no tenían lágrimas sus ojos, en la edad en que sólo debían tener sonrisas!

## XIII.

## A V I S O .

Julia y su viejo amigo llegaron pronto á la calle de Elder: durante el trayecto, las dulces palabras de don Fernando abrieron á la pobre jóven el horizonte de un porvenir ménos lúgubre.

— Es preciso trabajar, hija mia, le dijo: esa dolorosa inaccion en que V. deja su talento ofende á Dios, que se lo ha concedido como un gran beneficio.

— ¡Ay! murmuró Julia, ¡no sabe V. cuán amargos sinsabores me ha causado! Sólo deseo no acordarme de que existe: mis fuerzas están exhaustas, y en vano he esperado que el éxito de ese cuadro tan celebrado me animase á pintar otro: no hay en mí aliento ni valor.

— ¡Y qué, hija mia! ¿hay acaso gloria sin martirio? Cada artista tiene en su arte una especie de religion, á la cual necesita sacrificarse y ofrecerse como holocausto: ésa es su suerte, y aunque se quejan de ella, ninguno la trocaría por la más brillante fortuna: ¡feliz V. si no tuviera otras penas que las que su carrera le ocasionára, porque para éstas no le faltaría resignacion!

A este tiempo, una soberbia carretela azul, tirada

por dos caballos tordos, pasó cerca de D. Fernando y de la jóven : dentro, y casi acostada en los mullidos almohadones, iba una mujer de aspecto arrogante y desdeñoso, y magníficamente vestida de seda y encajes. Julia fijó maquinalmente sus ojos en el fondo del carruaje, y una dolorosa sonrisa se dibujó en su boca, marchita por los pesares.

Habia reconocido á Natalia.

— Hé ahí, amigo mio, la justicia de la sociedad, dijo mostrándola á D. Fernando; la cortesana sin pudor vive en el seno del lujo, lleva la cabeza erguida, recibe homenajes de respeto y consideracion, si no de los buenos, al ménos de los imbéciles, que por desgracia abundan demasiado : ¿para qué, pues, sirve trabajar, sufrir y tener esperanzas para el porvenir, si jamas se han de ver realizadas?

— ¿Y qué importan algunos dias de vano incienso? respondió el anciano mirando á Julia con una conmiseracion profunda; esos ídolos caen muy pronto del pedestal de barro que les levantan sus adoradores: he oido que esa mujer va á casarse con un banquero opulento; pero su nueva posicion ¿podrá regenerarla? ¿Podrá hacer su alma delicada y noble, sus instintos sanos y su educacion distinguida, tal como se necesita en la clase á que va á pertenecer? ¿Quién le dará esa íntima satisfaccion interior, que es la más grande recompensa de los buenos? ¿Qué recursos tendrá esa mujer en las largas horas de soledad que forzosamente han de rodearla?

Hay ademas otra cosa, hija mia; la esperanza de otra vida mejor, llena de goces y compensaciones: si sólo mi-

ráramos acá abajo, pediríamos la muerte como el más grande beneficio, ó nos la dariamos nosotros mismos; pero Jesucristo ha dicho: *El que me ame, tome su cruz y sígame.*

Julia no respondió: habian llegado á su casa, y en la puerta vió parado, con grande admiracion suya, el carruaje de Natalia.

Algo disgustada con este acontecimiento, que la ponía de frente con la actriz, entró en el patio, donde la portera hacía aspavientos con otras dos de la vecindad.

Al ver á Julia, detuvo su charla, dió á su semblante una expresion compungida, y exclamó, cruzando las manos:

— ¡Ah, señora, qué desgracia!

— ¿Una desgracia? preguntó Julia, creyendo que se trataba de alguna cosa de vecindad.

— ¡Ah, sí, mi pobre señora, una gran desgracia!

— ¿Qué ha ocurrido?

— Yo estoy aturdida; pero.....

— ¿Pero qué?

— ¡Quizá tenga remedio!

— ¿No quiere V. decirme lo que ha pasado?

— ¡Oh, no me atrevo!

— ¿Por qué dice V., pues, tantas necedades? preguntó severamente D. Fernando; acabe V., ya que ha empezado á hablar!

— ¡Perdon, caballero! yo deseaba advertir á la señora.

— ¿Advertirme á mí? preguntó Julia, poniéndose pálida.

— ¿Y á quién, pues, podría ser?

—¿Luégo es en mi casa la desgracia?

—¡Ay, sí por cierto!

Julia no quiso oír más, y empezó á subir la escalera con cuanta precipitacion le permitia el temblor que se habia apoderado de ella.

Pero D. Fernando asió el brazo de la portera, y sacudiéndolo con fuerza, le preguntó con voz terrible:

—¿Qué ocurre en casa de Mme. Blanfort? ¡Pronto!

—¡Oh, una gran desgracia! repitió la portera.

—¿Qué desgracia? ¡hable V. de una vez!

—Que su marido.....

—¿Qué?

—¡Ha quedado ciego!

El anciano no dijo una sola palabra: ni áun pareció sorprenderse de la fúnebre nueva: tanta era la fortaleza de su carácter; pero dentro de su corazón habia una pena amarga al pensar en la suerte de la pobre Julia.

Subió la escalera rápidamente, y al llegar á la mitad de ella oyó gritos y gemidos de mujer.

La puerta del cuarto habitado por Julia y su familia estaba abierta. Don Fernando entró y la cerró tras sí, siguiendo la direccion que los gritos le indicaban, que era la del cuarto de Adelina.

Allí se ofreció á sus ojos el cuadro más desgarrador.

Diego se hallaba hundido en un sillón: su semblante tenía una expresion torva y desesperada: sus ojos estaban abiertos y velados por una tela blanca parecida á una ligera nube.

A su lado Natalia, vestida más ostentosamente de lo que aparecia cuando iba sentada en el fondo de su coche,

gritaba desaforadamente, aunque sin derramar una sola lágrima: tenía asida una mano de Diego y exclamaba sin cesar:

—¡Pobre hermano mio! ¡desgraciado hermano! ¡pero esto tendrá cura, y en tal caso, yo la pagaré, porque voy á ser rica, muy rica!..... ¡ahora venía á decirte que me caso con un banquero! ¡Pobre Diego! ¡qué desgracia! ¡desdichado hermano mio!

En frente del ciego, Adelina, más silenciosa y más sinceramente afligida, sollozaba con desconsuelo: gruesas lágrimas corrían por su lindo rostro, y en vano hacia por reprimir la fuerza de su dolor.

Julia, absorta, se detuvo en el umbral del aposento y tendió en torno suyo una mirada ansiosa.

¿Qué era lo que habia ocurrido?

¿Estaria herido Diego, por algun lance, á consecuencia de sus extravíos?

Aquella desgracia no era visible á sus ojos, y sin embargo, pesaba sobre su corazón.

Natalia fué la que la informó con sus gritos y sus exclamaciones de lo que sucedia.

—¡Dios mio! gritó; ¡ciego mi pobre hermano!

—¡Ciego! repitió Julia con terror.

Pero á la primera sorpresa, que durante algunos minutos la habia dejado inmóvil, sucedió una reaccion tan rápida como generosa.

Corrió al lado de su marido: su semblante abatido se iluminó con la resolucion del sacrificio, y tomando la mano que Natalia dejaba libre á Diego, le dijo con voz dulce y firme á la par:

— Valor, amigo mio: ¡aquí estoy!

— ¡Ya no puedo verte! ¡ya no te veré nunca! murmuró el pobre ciego, quien, agobiado por aquella inmensa desgracia, oyó como un canto celeste la voz de su mujer; luego prosiguió, levantando al cielo sus ojos nublados:

— ¡Muy culpable he sido contigo, y por eso Dios me castiga de un modo tan terrible!

— Querido Mr. Blanford, dijo la grave y dulce voz de D. Fernando, no hay que desesperar: la desgracia de V. es sólo temporal: lo que V. tiene son cataratas, si yo no me engaño.

Diego mecía tristemente la cabeza.

— ¡Es decir, ceguera por cuatro ó por seis años á lo ménos! murmuró; ¡es decir, que estaré ciego el tiempo que debia haber trabajado con más entusiasmo, con más fe: ¡yo, que he perdido tanto tiempo! ¡yo, que ahora ansiaba tanto recobrarlo! ¡Oh, París! ¡maldita sea la hora que entré en él!

— ¿Quieres que le dejemos? preguntó Julia estrechando dulcemente la mano de su marido; tu intencion era que marchásemos á Madrid dentro de algun tiempo: ¿quieres que adelantemos la marcha y salgamos de París?

— ¡Cómo, si no tenemos dinero! murmuró Diego, que absorto en su amargura, olvidó toda reserva.

— Y además, dejar á París cuando todos los que padecen de la vista vienen á curarse aquí!.... observó Natalia con el acento duro que siempre habia usado con Julia; ¡eso es un disparate, una locura!

— ¡Pues, sin embargo, detesto á París! respondió

Diego, á cuya pena muda y concentrada habia sucedido una feliz propension al llanto, que apenas podia contener.

— En ese caso, repuso Julia, que no habia soltado su mano, tranquilízate: saldremos de París, y muy pronto.

— ¡Imposible!

— ¿Qué habrá ya imposible para mí, tratándose de tu alivio, de tu bienestar? preguntó tiernamente la jóven; voy á serte necesaria, y esta idea me dará fuerzas para todo.

— ¿De modo que no vais á asistir á mi boda con monsieur de Saint-Etienne? preguntó Natalia, á quien ni por un instante ocurrió el pensamiento de ofrecer á su hermano medios para su viaje.

— Gracias, respondió Julia; nos limitaremos á desearte toda clase de felicidades.

— Lo siento por vosotros, dijo Natalia; venía ahora para participaros mi enlace: Mr. de Saint-Etienne piensa celebrarle con un soberbio baile: al dia siguiente partiremos para una magnífica posesion que tiene en el Havre, y en la que hubierais podido pasar vosotros ocho dias deliciosos.

— Gracias, repitió Julia; todo mi deseo es ahora cumplir el de Diego, saliendo cuanto ántes de París.

— ¡Oh, Dios mio! exclamó Adelina; ¡con que, todos me dejais!

— Te quedas con tu marido, hija mia, dijo Julia besándola en la frente, y eso debe bastarte: para la mujer casada, la mejor compañía es su esposo; ámale mucho, procura conservar su amor, y nada más necesitas para ser dichosa.

— Voy, pues, á decir á Clemencia y á su padre que partiremos juntos, dijo D. Fernando, y más pronto de lo que pensábamos : si el Sr. Blanfort no opone un parecer contrario, por mi parte fijo la marcha para dentro de tres días.

— ¡Oh, sí, lo ántes posible! exclamó Diego.

— ¡Cómo! dijo Natalia, en cuyos ojos brilló la sorpresa; ¿se va tambien tu amiga?

— Sí, respondió Julia, que se moria de impaciencia por ver desaparecer á Natalia.

— ¿A Madrid?

— A Madrid : ¿qué hay en eso de extraño?

— Nada : tanto mejor.

— ¡Tanto mejor! ¿qué estorbo te hacía aquí? ¿la conoces?

— De oidas nada más : ¿es bonita?

— Encantadora.

— ¡Tanto mejor!

— No te comprendo, dijo Julia volviéndole la espalda.

— No importa, yo me entiendo : y ahora, adios. Diego, tal vez no nos veremos ántes de que te marches : estoy en extremo ocupada con los preparativos de mi boda; pero ya que tú no puedes, que me escriba tu esposa. Adios, querida. Adios, Adelina.

La actriz, al decir estas palabras, fué á besar á la jóven; pero ésta se retiró dos pasos y murmuró con hastío:

— ¡Oh! ¿y es posible que tú hayas comido tanto tiempo del pan de mi hermano? ¡déjame y no te acuerdes de mí jamás!

— ¡Niña, niña! exclamó Natalia con acento burlon,

¡parece que el nuevo estado te ha hecho adquirir muchos humos! Pero ¡bah! os dejo á todos, y me voy : di á tu marido que te lleve alguna vez por casa : comeréis á mi mesa cuando no tenga en ella algun título, algun diplomático. Adios, Diego; adios, Julia.

Y Natalia salió, haciendo mucho ruido con su traje de seda y como preocupada por un pensamiento que la embargaba completamente.

— Hasta luégo, dijo D. Fernando, que la habia seguido con una sonrisa de burla.

Quedaron solos Adelina, Julia y su marido.

Entónces la niña se acercó á la esposa de su hermano y le dijo con una gracia encantadora :

— Julia mia, tú tienes apuros y yo tengo dinero; tó-malo : esta mañana me lo dió Rafael, y todo es tuyo.

— Gracias, mi querida niña, respondió Julia; nada me hace falta; pero, en el caso contrario, está bien segura de que acudiría á tí.

Entre tanto, Natalia volvia á su casa al trote de su soberbio tronco.

Así que llegó, se encerró en su gabinete y escribió la siguiente carta :

« La suerte favorece tus deseos, querida Lucila.

» Clemencia sale en breve para Madrid : no sé si irá á él por temporada ó con intencion de establecerse de un modo definitivo.

» Tú obrarás como mejor te parezca.

» Escribeme, y dime si tu marido continúa soñando despues de haberla visto.

» Tambien van á ésa mi pobre hermano Diego, que ha

perdido la vista, y su mujer, mi insípida cuñada Julia, que tiene costumbres de monja, y á cuyo lado me aburría : no sé á qué van á ésa : sólo se deja ver muy claramente que mi hermano ha cobrado á París una aversion insuperable.

» En cuanto á la escritora, es indudable que se cansa de ser pobre aquí, donde la virtud hace pocas veces fortuna, y que se va ahí con su viejo padre, á ver si la suerte le es un poco más propicia.

» Me dan mucha risa esos forjadores de mentiras escritas, y mucho más cuando son *forjadoras*.

» Los hombres no las pueden sufrir, porque al hombre no le gusta la mujer sábia en otra cosa que en coquetearías.

» De las escritoras se rien, se burlan, y aunque lo que éstas escriban sea bueno, siempre dicen que es muy malo.

» Aquí he conocido á la marquesa de T..... y se ha hecho muy amiga mia, aunque, á la verdad, yo creo que es ella tan marquesa como tú : ella se llama escritora, y algunos hombres de talento fingen creer que lo es.

» Adios; ya te hablaré de esto en otra ocasion : ahora, sirva esta lacónica de aviso, y no me olvidés.»

NATALIA.

---

## LIBRO QUINTO.

---

### I.

#### ESPERANZAS.

La escena ha cambiado completamente, lector amigo : ya no es á París á donde tenemos que ir para encontrar á algunos de nuestros más interesantes personajes, ni á la corte de España, ni siquiera á una modesta ciudad : tenemos que ir sólo á una pequeña aldea de la provincia de Madrid, que aún existe, y que dió al gran Tirso de Molina título y argumento para una de sus mejores comedias : nos hallamos en Vallecas, y distantes sólo una legua de la coronada villa.

¿Quién vive allí, preguntarás, de todos esos seres que se agitaban, sufrían ó eran felices, en medio de la moderna Babilonia que se llama París?

Dos solamente : Julia y su marido.

Un año ha pasado desde el día terrible en que Dios arrebató la luz de los ojos del pintor, indignado tal vez del mal uso que hacía de su talento, que, aunque no llegaba á ser genio, era talento á no dudar.